

Sillero

Era por la pila Obdulio y sabía muy pocas cosas: apenas las cuatro reglas aritméticas básicas y leer en los periódicos, cosa que hacía modelando las palabras en los labios, como si las masticara. Sabía también, y cómo, saludar con gran afecto y cordialidad a toda persona, cliente o no, que pasara por delante de su destartado y mugriento bajo abierto al público; sabía, igualmente, piropear con ocurrentes palabras a las mozas anconas y pechuegueras que iban a la fuente de hierro a buscar agua, las cuales, todo hay que decirlo, cimbreaban el cuerpo más de lo habitual para provocar la mirada posesora de los prepotentes. Sabía, asimismo, que su padre, su humilde padre, le había aconsejado en Mula: "Vete a la capital, hijo, que esto de la tierra está muy mal; conque a ver cómo te las apañas..."

Sin embargo, no recordaba con precisión cómo se las había apañado en aquellos primeros meses de poco pan y mala estrella, de amargo vagabundeo y ansioso clamar en un establecimiento sí y en otro también en demanda de trabajo. Tenía claro, desde luego, que en unos más veladamente y en otros, menos; en todos se lo habían negado porque su ceño flaco, su nariz torcida, sus manos quebradas y sobre todo su físico contrahecho le descalificaban para atender a la clientela detrás del mostrador.

Eso pensaba el común.

Obdulio, luego de mucho buscar, halló trabajo en una tahona de la calle de San Nicolás. Más tarde ofició de recadero en una bodega y ejerció otras mil labores antes de dar, al fin, con lo que intuitivamente iba buscando: una carbonería. En la cual carbonería se aguardaba la llegada del público poniendo culos de anea a las tumbonas, trezando mimbres en los sillones y cruzando cuerdas en las macizonas sillas huertanas de morera.

El negocio era propiedad de Julián el de Casillas. El fue su maestro. De él aprendió cuanto había que saber sobre el oficio: la calidad de los materiales, su flexibilidad, el trezado y fusión de las aneas para que no se notaran las juntas, su aprestado y alisamiento con la acuñada tabla de fina caoba, los distintos dibujos de urdimbre, la labor en bloque o por partes; todo lo preciso, en fin, para ser un buen profesional y, además, parecerlo.

Su maestro le consideraba bien pagado con unas cuantas pesetas. Pero Obdulio, claro, tenía necesidades que atender y aspiraba a ganar más para poder enviar algún que otro giro a sus pobres y ancianos padres que luchaban en Mula con la tierra rebelde y madrastra. Así que se independizó. Cargó al hombro, su agibado hombro, mal que bien un haz de aneas y mimbres y comenzó a recorrer la ciudad con su pregón de ruda cigarra:

— ¡El Si-lIEeee-roooooo, el Si-lleeeeeEeee-roooooo; se arreglan sillas de anea, sillooooooooones de miiiiIimbre... el SilleeeeEeee-roooooo!

Cualquier acera le era propicia con tal de que le dejaran sitio en ella para maniobrar con las largas hebras de anea, y que pudiera mover el esqueleto de la silla con la soltura requerida, y que los mirones no le interrumpieran demasiado. No pedía más. En la plaza de las Flores trabajaba a gusto Obdulio, el Sillero. Cogía en sus

pequeñas, quebradas, débiles, pero hábiles manos las tiras de anea, las rodaba repetidas veces sobre sus piernas para que se liaran, fundieran y formaran cuerda, y luego, girando unas con otras, tirando con fuerza, pasándolas por arriba y abajo del asiento, dando esporádicos y certeros golpes con la cuña de madera, trenzando y envolviendo nuevas tiras con las anteriores, la silla iba engalanándose con un nuevo asiento resplandeciente de limpio, armonioso de ejecución y primoroso de acabado. De cuando en cuando, Obdulio, el Sillero, muy cachazudo, hacía un alto en el trabajo para echar un trago de pastoso y entonante Jumilla y "meter un viaje" al bocadillo de "recortes" que le habían servido donde Pepico el del Tío Ginés, tradicional proveedor de menestrales.

Al rematar su trabajo, Obdulio, el Sillero, inevitablemente daba un par de pasos atrás con prosopopeya de artista mayor, inclinaba levemente la cabeza a izquierda y derecha, calaba solemnemente el cigarrillo y exhalaba una bocanada de denso humo en señal de plena satisfacción.

Fue ambulante hasta que alguien le advirtió un día que sus horas en la calle estaban contadas y le aconsejó que se buscara un bajito céntrico donde poder dedicarse a poner asientos de anea por encargo sin necesidad de mendigar el trabajo por la ciudad pidiéndolo como quien limosnea. Y el Sillero, que era consciente de su frágil constitución, y de los agudos dolores que el reuma le causaba en los huesos cuando las lluvias y los fríos, y del creciente tráfico callejero que iba arrinconándole cada vez más contra los muros de las casas sin permitirle servirse, como antes, de la mayor altura de la acera para poner allí la silla e instalarse él en la calzada, comenzó a buscar el bajito en el que establecerse para triunfar, a fin de llamar con él a sus padres para darles una vejez digna.

¡Pero un bajito en el centro cuesta tanto! ¡Y en las afueras, quién iba a llevarle sillas para componer! "Precisamente: es el lugar apropiado —le dijeron—; ese tipo de sillas se gasta más en la Huerta que en la ciudad; en la ciudad, entérate, han licenciado la anea para sustituirla por el skay, la piel y el tafetán."

Obdulio, el Sillero, alquiló, por tanto, un bajito en los alrededores del Pajar del Rey e instaló allí su humilde negocio. No pudo, empero, disfrutar de la compañía de sus padres, muertos lamentablemente de improviso; el uno de un híbrido de pulmonía y tisis, la otra de soledad. Era la gran espina de Obdulio, el Sillero, quien se lamentaba todos los días de no haber llegado a tiempo de compartir con ellos su relativa prosperidad.

A pesar de todo continuó su lucha por la existencia, su brega por el cotidiano pan. Y había más: Al oficio debía la impagable dicha de un apodo notable para toda la vida. En el barrio le llamaban el Sillero. Y a mucha honra que él lo tenía, que es de profesionales necios tener una ocupación y no ser por ella reputados. Nada de Obdulio. Su nombre fue evanesciéndose, engullido vorazmente por el mote. De él daba razón en el barrio cualquiera a quien se preguntara por el Sillero. Simplemente el Sillero. Sin nombre ni apellidos, como si no hubiese otro en la ciudad. Era el sillero por antonomasia, el sillero nato, el que vivía única y exclusivamente de las sillas y para las sillas, el Sillero.

Nadie en el Barrio trabajaba a su par. Laboraba de sol a sol, y luchaba con ahínco para labrarse una reputación y rodearse de una clientela adicta. Faenaba en plena calle,

que era lo suyo, al resguardo de los vientos, aprovechando el calor gratis del tímido sol del mediodía invernal. Y al tiempo que faenaba, cantaba soleares y malagueñas, cartageneras y seguidillas con su vocecita de duende travieso; o bien se entretenía piropeando a las mozas con su boca grande como cuello de tinaja, irónica como una quintilla de Quevedo, mordaz como un crochet de izquierda, precisa como la parábola bíblica... ¡Quién sabe qué grandísima válvula de escape no representarían para el Sillero aquellos requiebros dichos al amparo de los oficiales y jornaleros que compartían con él el tentempié mañanero a la querencia del sol reconfortante! Porque el Sillero vivía solo, rodeado de aneas y mimbres, sogas y cordetas, palos de silla y estructuras de mecedoras. El Sillero, por poquedad, no se había atrevido con las mujeres a pasar de la palabra a la acción; y si alguna vez lo intentó, fue infructuosamente.

Llevaba el hombre su soltería con resignación y buen humor, y sufría su malformación con ejemplar humildad. Al Sillero nunca se le vio llorar, por lo cual le aureolaron de hombre duro, de corazón de piedra; cuando era la verdad que lloraba de risa a la menor provocación y más que nada cuando un chiste le horadaba el pecho, su accidentado pecho, viéndose obligado a ponerse las manos en la boca, sus quebradas manos, para que no se le viera la grande y negra mella. Así era el Sillero: un hombre que hipaba, dolorido, cuando devoraba El Caso.

¡Qué buen hombre era el Sillero! ¡Y qué cabal! Llevaba su negocio con una entrega admirable. Y no porque paulatinamente fuese decreciendo la demanda de sus servicios, se retiró. Nada del caso. Había veces que permanecía ocioso, qué remedio, los brazos cruzados, esperando que alguien le llevara a componer esas sillas que ya no le llevaban porque estaban arrinconadas en los trasteros o habían sido quemadas en la última noche verbenera de San Juan... Y para colmo: las autoridades se empeñan un día en decirle al Sillero, a él que no tenía adónde ir, que fuese pensando en levantar el sitio porque habían decidido, tate, hacer allí cierto polígono de viviendas de lujo.

— ¿Maestro, cree usted que eso lo veremos nosotros?

— ¡Quién sabe! ¡Con lo rápidas que van hoy las cosas no sería de extrañar!

Y en efecto: fue acercándose el día de la demolición. Las cartas de desahucio se sucedían periódicamente. En ellas los desahuciadores ofrecían compensaciones que al Sillero le parecían ridículas, primero por exiguas y segundo y último por el simple hecho de no haberlas solicitado él. En las cartas, la autoridad le conminaba a abandonar el local cuanto antes, y, luego de mucha negociación, dieron en prometerle otro bajito a cambio del suyo en determinadas casas baratas que, en caso de ser aprobado determinado plan pendiente, habrían de ser construidas... Pero su respuesta era fija, invariable: silencio absoluto ante la presión administrativa.

— ¿Maestro, usted se va a ir?

— Vivo no; muerto es cosa vuestra.

— Es que vienen y lo echan, oiga, que ha ocurrido ya en otros sitios; pues menudos son.

— A mí no me echa de aquí ni Dios.

Así decía con voz de carrasca, mostrando ceño el Sillero. Parecía abonado a esta hosca frase, que en sus labios, sus agrietados labios, adquiriría el rigor de una sentencia magistral.

— ¿Dónde voy a ir, Señor, si mi vida es esto? —preguntaba, en la soledad, al Cielo.

Ciertamente. No había más mundo para él que el mundo de su establecimiento, su mundo.

Contaba el Sillero con un pequeño cuarto que daba al patio, en el cual había instalado una simple alcachofa de aluminio para ducharse, una letrina y un lavabo de derribo; tenía otro cuarto más grande, sin ventanas, muy húmedo y umbrío, en el que dormía; y disponía, además, de la entrada, donde almacenaba el material de trabajo. Su sala de estar era la taberna o el bar; su familia: quienes jugaban con él al dominó o al chameo; su ilusión: que le dejaran acabar sus días en aquel lugar que llevaba ya cobijando su torcido esqueleto tanto tiempo.

— ¡Eh, Sillero, no seas tonto y vete antes que te echen a palos...! —le decían para picarle.

— ¡Que se atrevan...!

Se atrevieron. Claro. Una ciudad —dicen los ediles regentes— no puede supeditar su crecimiento a la romántica figura de un vecino rebelde que no tiene adonde ir porque no quiere ir a parte alguna.

La pala-oruga —esa destructora de mundos— había ido derribando todas las casas del barrio. Inclementemente. Ya sólo quedaba en pie la suya, la casa del Sillero. El trasto metálico estaba enfrente del establecimiento; rugía, tronaba, provocaba con su metálico rugir de tuercas y émbolos; amenazaba al morador... La pala—su tremenda pinza engarradase acercaba, porfiaba, como si el operario que la accionaba estuviera dispuesto a derribarle de un trastazo, si el terco Sillero no desistía pronto, ya, de su torpe empeño y salía de una vez por todas de aquel su ruin tugurio, apestante según los municipales, a albañal ciego, a cloaca de ratas.

Pero el Sillero se hizo fuerte. Y, a pesar de la amenazas, no salió.

Llegaron los hombres buenos con sus bien cortados trajes de diligentes ejecutivos, y puede que observadores, de la ley. Llegaron igualmente, los agentes del orden público. Llegaron, asimismo, algunos mirones deseosos de conocer el lentificado fin de aquella expulsión forzada. Abrieron, luego de muchos forcejeos, los desahuciadores la puerta por la fuerza. Y al cabo de un rato voló sobre sus cabezas una graja que se alejó accionando el pico estridentemente, con sonoridad de leño. Entonces salieron a la calle y volvieron a cerrar la puerta.

Se dispersó al punto el grupo de trajeados ejecutivos. El mandamás subió los brazos, bajó los brazos, extendió los brazos; dio órdenes. Uno, calvo y patizambo que estaba a su lado anotó algo en una agenda. Los guardias mandaron circular, dispersarse. La destructora excavadora giró enseguida, humeante y chirriosa, recogió su tijera y se alejó sin derribar la casa, humillada.

Las instrucciones cursadas desde el organismo pertinente fueron altamente razonables: que no se tirara la casa hasta que el juez permitiera levantar el cadáver del Sillero, Obdulio de nombre, a quien la muerte, según reportaron, había plantando en la

cara una franca y serena sonrisa de victoria. Y ordenaron también, ésto por bando municipal, que el cuerpo del infortunado fuera velado por la policía hasta tanto se celebrara el entierro. Y siguieron ordenando: que se dijera una misa por el alma del finado; y que ondearan banderas a media asta con crespones negros en los centros oficiales (tres en la Delegación Provincial del Ministerio de la Vivienda, una en cada balcón); y que se le guardara luto por espacio de dos días...; todo ello según mandan, o debieran mandar para estos casos, las ordenanzas de un país civilizado.